

moderación é imparcialidad recomendado por el general en jefe, ni menos de las instrucciones positivas emanadas del gobierno de la re-gencia. Dejó publicar un periódico que fué suprimido luego que algunos de sus números llegaron á México, y cuyas doctrinas parece tendían á excitar el fanatismo popular. Ade-más, por medida tan arbitraria como ilegal, por la cual despojó algunos poseedores de bie-nes del clero, ha demostrado la mala fe más manifiesta. Después ha sido reemplazado.

Uraga, General de División.—Nueva-mente adherido al Imperio; de antecedentes bien conocidos, más enemigo que amigo del gobierno de S. M.

Urrieta José M., Fiscal.—*Tribunal de Puebla.*—No tiene gran inteligencia, y lle-va con cierta lentitud los deberes de su en-cargo.

V.

Vicente Varela.—Jefe del batallón de Seguridad Pública de Guanajuato; es co-mandante superior de Pénjamo.

“No solamente es un buen soldado, sino que es un hombre inteligente, activo, muy adicto, enérgico, y en el servicio cumple con sus de-beres.” (Coronel Giraud, del 7º de línea.)

(Nota del traductor. Este párrafo está escrito de puño y letra de M. Félix Eloin.)

Vega Manuel de la.—Poco cono-cido. Lleno de pretensiones; no ha dado prue-ba de la menor capacidad, durante el poco tiempo que permaneció en Tabasco.

Tamariz Francisco.—Conocido de todo el ejército por su venalidad.

Veraza Mariano.—Carácter muy débil; procura mucho su tranquilidad; está enteramente bajo el dominio del secretario de la prefectura, el Sr. de la Luz Pacheco Gallar-do, cuya moralidad es muy dudosa.

La caja de la Guardia Civil de León, reci-bió fuertes multas, y sueldos demasiado fuer-tes; parece que no rindió ningunas cuentas de este dinero. La falta es del Sr. de la Luz.

Velázquez de León Joaquín.—Ministro de Fomento en la última presiden-cia de Santa-Anna; en tiempo de Zuloaga y Miramón, director de la Escuela de Minas; destituido por Juárez.

Vergara Pablo.—Secretario de una de las salas de la Suprema Corte de Justicia, en tiempo de Santa-Anna, Zuloaga y Mira-món; destituido por Comonfort y Juárez.

Velázquez de León, *Ministro sin cartera*.—Ha sido ingeniero de minas; luego en Europa, en la diplomacia; director en el Ministerio de la Guerra y director en la Escuela de Minas; hombre de un carácter afable y de relaciones francas; pero sobre todo, muy partidario del antiguo orden de cosas y de los privilegios.

Villareal Florencio, *General de División*.—Sin opinión fija; ha pertenecido á todos los partidos, y fué uno de los principales promovedores del Plan de Ayutla; antiguo militar, casi inútil por viejo.

Vélez Francisco, *General de Brigada*.—Ha adquirido su grado con mucha velocidad á causa de su valor; es demasiado joven para la posición que ocupa; es un hombre enérgico.

Valdés Pedro, *General de Brigada*.—Miramonista; ha hecho su carrera en la artillería, y ha ocupado el puesto de comandante militar de Sinaloa; sólo una vez se ha pronunciado.

Valdés y Peón José M., *Tribunal de Puebla*.—Siempre ha tenido ideas retrógradas; durante el gobierno liberal ha sido objeto de una vigilancia particular, y prefirió expatriarse.

Vega Tirso, *Tribunal de San Luis Potosí*.—Hombre de gran valor; sigue los consejos del Sr. Reyes; conserva una gran adhesión por el antiguo orden de cosas.

Vivanco Argüelles D. Antonio.—Hacendado de Orizaba; posee la finca de Tecamalúcan; es hombre de bien, conservador moderado, y afecto al Imperio. (Esta nota está en español.)

Villanueva Lic. D. Francisco.—S. M. lo conoce, porque está en la Junta protectora de las clases menesterosas. (Este párrafo está en español.)

Vértiz Lic. D. Juan.—Véase el folio 17. (El folio 17 del libro, equivale á la página 13 de esta edición.)

Vélez D. Francisco, *General*.—Pundonoroso y valiente; dudosa adhesión, falta de discreción y de cultura. (Este párrafo se encuentra escrito en castellano.)

W.

Woll, *General*.—Llegó á México en 1825; estuvo algún tiempo de tallador en el juego; se hizo nombrar teniente coronel *honorario*, es decir, sin sueldo ni mando; tomó parte en

la revolución de 1828, y cambió su grado por empleo efectivo. En 1833, cuando las cuestiones religiosas y las de privilegios causaban tanta agitación, el gobierno de Guadalajara nombró algunos generales, entre los cuales se encontraba Woll; contaba con ellos para parar el movimiento reaccionario. Santa-Anna fué presidente, y lo hizo su ayudante; después le dió un mando en la frontera, adonde se le reprocha haber favorecido el contrabando. Cuando el Plan de Ayutla (1857), mandaba un cuerpo de ejército en Matamoros; se huyó abandonando sus tropas. En tiempo de Miramón, recibió el mando del Estado de Jalisco. Pasó al frente de una brigada por el camino de Zacatecas y el Fresnillo, donde impuso fuertes contribuciones, cuyo producto no lo empleó en los gastos de la brigada, pues ésta estaba pagada por el Estado de Guanajuato. A la caída de Miramón, se fué á Francia. Ahora ha partido para Francia. Abandonó á su mujer de cocinera en la Legación de Francia, en la época de Mr. Deffaudis.

Y.

Yáñez José María, *Prefecto de Guanajuato.*—Hombre muy honrado, pero sujeto con demasiada frecuencia á las influencias de las personas hostiles á la intervención.

En la administración de su Departamento, ha dejado hacer gastos exagerados é inútiles.

Yáñez Lic. D. Mariano.—Véase el folio 17. (Página 13 de esta edición.)

Z.

Zenea Benito, *General de Brigada.*
—Santanista; hoy poco á propósito para hacer un servicio activo.

.....

BIOGRAFIA
DE
MONSEÑOR LABASTIDA,
DIRIGIDA A SU MAJESTAD
EL EMPERADOR.

Monseñor Labastida nació en el Estado de Michoacán; sus estudios, hasta recibir las órdenes, los hizo en el Seminario de Morelia.

En la carrera que tenía delante de sí, su fortuna, su buena presencia y sus numerosas relaciones, fueron poderosos auxiliares para su porvenir. Aunque muy joven, no tardó en ocupar los principales puestos eclesiásticos; entre ellos se pueden citar dos ricos curatos, y el provisorato del obispado de Michoacán.

Los beneficios de un curato y de un provisorato, eran en aquella época exorbitantes: con el producto de estos beneficios, el Sr. Labastida aumentó su fortuna; se hizo de influencia en el clero de ese obispado, y contrajo una estrecha amistad con Monseñor Munguía, obispo de su diócesis.

Su nombramiento de canónigo fué la recom-

pensa de su servilismo; vino á ayudarlo en su ambición, y le sirvió para aumentar sus relaciones no solamente con el alto clero de su diócesis, sino también con el de las otras, á las que llegaba su nombre, precedido de un renombre halagador.

Sus riquezas y la amistad que le ligaba al prelado, contribuyeron más á darle más influencia, que su virtud y su saber.

En aquel tiempo murió el obispo de Puebla; el general Santa-Anna, presidente de la República, que no gobernaba sino en apariencia, pues el clero era el que gobernaba en realidad, por su ostentación y sus riquezas. Los ministros de este Gobierno no eran más que instrumentos ciegos del clero; Teodosio Lares, ministro de Justicia, y que dirigía la política, no era más que una creatura del obispo de Michoacán.

Monseñor Munguía se interesó por el nombramiento de Monseñor Labastida; y como el ministro de Justicia dominaba al presidente Santa-Anna por su influencia sobre el clero, Monseñor Labastida, después de varias intrigas y después de gastar fuertes sumas para comprar el silencio de los opositores, obtuvo la Mitra.

Este nombramiento, para ser válido, debía obtener la sanción del Papa; pues la ley del país, que daba al presidente la facultad de

nombrar á los obispos, subordinaba estos nombramientos á la sanción del Santo Padre, que si la hubiese rehusado, era nula por sólo este hecho.

Monseñor Labastida, que sabía todo esto, no perdió el tiempo, y fué á ver al Nuncio del Papa en México y se arregló con él, sin esperar á que el gobierno informase á la corte de Roma. El Nuncio dió aviso de este nombramiento directamente al Santo Padre, diciéndole que el nombramiento de Monseñor Labastida para el obispado de Puebla, llenaba los votos unánimes del clero y de los habitantes de la diócesis, en donde Monseñor Labastida, que era enteramente desconocido, pasaba por un santo.

El Nuncio escribió igualmente, que el nuevo obispo reunía á un saber profundo é incontestable, todas las virtudes de un apóstol, y poseía en el más alto grado la humildad cristiana; esta humildad era el resultado del orgullo y ambición que Monseñor Labastida sabía emplear en su provecho.

Como resultado de las notas del Nuncio, el nombramiento fué aprobado sin dificultad, y el Nuncio recibió de Monseñor Labastida, en recompensa de su servicio, cuatrocientas onzas de oro, y Monseñor Munguía le regaló un anillo pastoral, adornado de brillantes, que valía igual cantidad.

Después de tomar posesión Monseñor Labastida, hizo vender ó fundió una gran cantidad de alhajas de las iglesias de su diócesis.

Aparentó enviar una parte del producto de las alhajas á Roma, bajo el título de dinero de San Pedro, para demostrar al Papa el placer que había experimentado el clero de la diócesis de Puebla y el de México, en virtud de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen; pero en realidad esta suma fué remitida á los agentes secretos que trabajaban por implantar en México la monarquía, á la cabeza de la cual debería colocarse un príncipe español.

La otra parte fué entregada al gobierno de Santa-Anna, para combatir el levantamiento que había tenido lugar en el Estado de Guerrero y que tomaba un carácter alarmante.

Monseñor Labastida no se contentó con haber dado el dinero para que se derramase sangre; hizo más, autorizó verbalmente á los eclesiásticos y á los frailes, á denunciar de una manera subrepticia á diversos individuos que designaba como conspiradores y hostiles al gobierno.

Estos eclesiásticos y frailes denunciaban los hechos que se les confiaban aun violando el secreto de la confesión, que la mujer y parientes confesaban en el tribunal de la penitencia, en el temor de cometer sacrilegio.

Al levantamiento de Guerrero, siguió una revolución que hacía grandes progresos y se hacía amenazante: el general Santa-Anna, en el espacio de ocho ó diez meses, había perdido más de 6,000 hombres en este mismo Estado de Guerrero, y teniendo necesidad de dinero para hacer nuevos levantamientos, se dirigió al clero, que no rehusó el dinero que se le pedía; pero vaciló.

Después de serios debates, en los que se había casi decidido que vendría en ayuda del gobierno, Monseñores Labastida y Munguía se opusieron, y pusieron en juego tantas intrigas que se salieron con la suya después de formular una repulsa ingeniosa, y el gobierno no pudo conseguir nada ni por amenazas ni por súplicas.

Santa-Anna se enfadó con Monseñor Labastida y Munguía; y á causa de los engaños que acababa de experimentar por parte del clero, se fué con dos mil hombres para Veracruz; allí nombró un triunvirato, y se embarcó para Turbaco.

La partida de Santa-Anna ocasionó tales desórdenes, que hicieron triunfar la revolución: Álvarez entró á México, y no permaneció más que algunos meses y se fué, nombrando á Comonfort presidente de la República.

El nuevo Gobierno comenzó por señalar algunos abusos del clero, y manifestó la idea de

proponer algunas reformas. Monseñor Labastida se alarmó, y habiendo hecho un llamamiento al alto clero de todas las diócesis, formó una gran conspiración, cuya ramificación se extendió por todo el país.

Sus agentes, miembros del clero y militares separados del ejército, se esparcieron secretamente por todos los Estados, los unos para percibir secretamente el dinero de los curatos, y los otros para seducir á las tropas por promesas y por dinero.

El padre Miranda, principal agente de Monseñor Labastida y el alma principal de la conspiración, iba por todas partes disfrazado, tratando con los obispos y dirigiendo con la mayor audacia todos los hilos que debían hacer estallar la revolución, que dió por resultado hacer verter, durante tres años consecutivos, la sangre de los inocentes.

El obispo de Puebla era el foco de todas las maquinaciones que se forjaban y que él dirigía en calidad de jefe. El padre Miranda las comunicaba á todas las diócesis.

Monseñor Labastida tomaba el dinero de los curatos, de los conventos y de los particulares para fomentar las disensiones, y estaba tan ciego por su empresa, que muchos jefes militares recibían el dinero de él, por la sola promesa que hacían de pronunciar tal ó tal batallón, sin haber pensado nunca en esto.

Creiendo que podía contar con la promesa que había recibido y por los informes de sus agentes que acababan de seducir un medio batallón, Monseñor Labastida se pronunció abiertamente, y el Pastor de las almas, el representante de los apóstoles, se transformó en un conspirador tenebroso, sediento de sangre y capaz de todo exceso.

Entretanto este medio batallón se aumentó con todos los individuos enganchados por los clérigos, y marchó sobre Puebla. La guarnición de la ciudad, seducida con el dinero del obispo, abrió las puertas é hizo causa común con aquellos que acababan de entrar.

Dueño de la ciudad, Monseñor Labastida se fortificó, con la esperanza de que otros imitarían su ejemplo, como se lo habían asegurado sus agentes.

Con esta esperanza, hizo grandes fiestas, un Te Deum fué cantado por Monseñor Labastida, se dieron banquetes públicos que duraron hasta muy entrada la noche y degeneraron en orgías.

Clérigos y frailes ocupaban las calles armados de pistolas, repartiendo dinero y bendiciones, gritando: "mueran los puros," y Monseñor, lejos de reprimir el desorden, lo fomentaba en persona; su jefe más activo i perjudicial era el padre Miranda.

Una cantidad de trescientos mil pesos, que

el obispo había reunido, la puso á disposición de los jefes de la revolución para el sustento de sus tropas; y otros objetos preciosos de las iglesias de Puebla fueron fundidos, y su producto se agregó á los trescientos mil pesos, para asegurar la cooperación de las tropas y en espera de otras.

Los conventos de religiosas tenían preparadas hilas y vendajes para los futuros heridos, y los frailes, para no quedarse atrás, habían hecho formar gran cantidad de cruces de género, llevando una inscripción de "Viva la Religión," "Muerte á los Puros." Colocaban estas cruces en el pecho de cada individuo que encontraban, y desgraciado del que no lo llevaba.

Todo esto estaba ordenado por el Obispo, que hacía llevar ésta con la esperanza de que las tropas que estaban fuera de la plaza siguieran el ejemplo de las de la guarnición; pero perdió su esperanza, y se resignó á permanecer con los revoltosos de Puebla.

Dos veces el presidente Comonfort envió tropas á Puebla, y dos veces estas tropas fueron seducidas, y abrazaron la causa del obispo; lo que visto por el presidente, formó un cuerpo de guardia nacional, y puso sitio á la ciudad.

Durante el sitio se vió á los clérigos y frailes armados, en las torres de todas las iglesias,

tirando contra los asaltantes, y otros recorriendo las calles animando á los revoltosos.

El padre Miranda se lisonjeaba, en tiempo de Zuloaga, de haber matado más de veinte *chinacos* con un rifle.

Los jefes de los revoltosos iban todas las mañanas á recibir la bendición del obispo, que los acompañaba con regalos para entretenerlos en el buen camino.

Sin embargo, las guardias nacionales no se daban mucha prisa; y después de un largo sitio, Puebla sucumbió.

El general Traconis, hombre de corazón y energía, fué nombrado gobernador de la plaza, quedando advertido, que si Monseñor Labastida continuaba sus amenazas y no quería someterse, diese cuenta al gobierno.

Comonfort, instruido de la conducta del obispo, que había sido el principal autor de todos los males que había ocasionado á la ciudad esta revuelta, dió sus órdenes para que Monseñor Labastida fuera arrestado, entretanto salía desterrado á Europa. Pero aunque Labastida era desterrado, su agente principal, el padre Miranda, se quedaba, y el obispo pudo hacer llegar sus instrucciones y sus poderes á fin de retirar el dinero y mandarlo á donde pudiese servir para mantener la agitación de los espíritus.

El padre Miranda cumplió su misión y com-

prometió al Arzobispo y á todos los Obispos, que se vieron obligados á hacer causa común con él.

Desde Roma, á donde se había retirado Monseñor Labastida, continuó fomentando el foco de la revolución, animando á sus partidarios y prometiéndoles que todo lo que hicieran, sería hecho para gloria y triunfo de la religión, y que el Papa aprobaba todo de antemano.

El Arzobispo Monseñor de la Garza, á quien todos los partidos estaban conformes en reconocerle grandes cualidades y virtudes, pero que no estaba exento de fanatismo, dió crédito de buena fe á todas las insinuaciones de Labastida, y apoyó por todos los medios que estaban á su alcance sus miras y sus proyectos, y obrando así, llegó á convencerse que esto no era más que el cumplimiento de su deber y que todo debía hacer *ad majorem gloriam Dei*.

Los liberales, que habían triunfado de nuevo, desterraron á todos los Obispos, después de haber publicado un decreto el gobierno, por el cual declaraba que el Estado se separaba de la Iglesia, y que el Estado sería independiente de la Iglesia, como ésta lo sería del gobierno.

Poco tiempo después murió el Arzobispo Garza; Monseñor Labastida, que se encontraba en Roma, fué informado sin pérdida de

tiempo, y trabajó tan bien, que por sus intrigas y las grandes sumas de dinero que puso en juego, así como también hizo valer sus títulos de jefe de la insurrección y del partido clerical, en que él estaba apoyado, logró su nombramiento de Arzobispo de México, sin la proposición previa que el gobierno del país debía haber hecho sin intermediario.

Monseñor Labastida, con el temor de encontrar una oposición seria y fundada á su nombramiento, favoreció á la intervención y supo maniobrar de tal manera, que salió bien.

A la llegada de la intervención á México, el nuevo Arzobispo fué nombrado miembro de la Regencia, y fué á Miramar á felicitar y complimentar al Emperador, con la esperanza de poderlo dirigir á su gusto; pero mirando que S. M. proseguía la obra de los gobiernos que le habían precedido, sancionando los actos por los que sus predecesores declaraban propiedad nacional los bienes del clero, Monseñor se retiró á su palacio arzobispal.

Desde allí dirigió, sin ser inquietado como lo había sido antes, todos los movimientos; suministró dinero y consejos, obligando á muchos eclesiásticos á que se pusiesen á la cabeza de los descontentos.

El nombramiento de Monseñor Labastida al arzobispado, es ilegal; y es admirable que después de los tantos daños y males que ha

hecho al Imperio desde su decepción, en aquello que él veía como un hecho consumado (la restitución de los bienes del clero), no se le haya hecho comprender que para ser realmente arzobispo, el nombramiento del gobierno es indispensable, y que le falta hasta el día este requisito.

Este medio hubiera sido suficiente para impedir que Monseñor Labastida se ocupase por más tiempo en pronunciamientos; y el dinero que gastaba en una cosa tan poco loable, podría servir para ayudar á los eclesiásticos indigentes y aun á los seculares necesitados.

Su última pastoral es el principio de una obra de humildad cristiana; pero ¿se puede asegurar que no es el principio de alguna otra obra violenta? el porvenir nos lo dirá.

Tal es la vida pública de Monseñor Labastida; en cuanto á su vida y á su conducta privadas, me reservo hacerlas conocer más tarde á V. M. si me hace el honor de pedírmelas: los hechos y los actos que resultan corroborados, se refieren á su vida pública.

Tengo el honor de ser, con profundo respeto,
Señor,

De V. M. muy humilde y obediente servidor,

MAURY.

COMO SE HIZO LA LUZ

EN LA

Cuestión histórica de la toma de Querétaro.

Varias circunstancias determinaron á que se hiciese la luz, el año de 1887, en el punto histórico de la ocupación de la plaza de Querétaro por las fuerzas republicanas, el 15 de Mayo de 1867.

Falleció por la Colonia de Guerrero un hombre del pueblo, de nombre Miguel López, y esto dió pie para que el finado fuese tomado por el coronel del mismo nombre y apellido, intimo de Maximiliano, é hiciese recuerdos abominables de la toma de Querétaro la prensa periódica clerical, afirmando que había sido sólo por traición.

La publicación en el folletín de *El Tiempo*, de la obra *Le General Miguel Miramón*.—No-

tes sur l'Histoire du Mexique—por Víctor Darán, con el título en la traducción castellana, de *Apuntes históricos*, los cuales, para dicho periódico, son imparciales al ocuparse en el coronel López y parciales é inexactos en sus juicios sobre los generales Ramón Méndez, Severo del Castillo y Leonardo Márquez; pero sobre todo acerca de este último.

El grito de triunfo lanzado entonces por los periódicos católicos de que el ejército republicano, como se dice en dicha obra, había ocupado la plaza por venta que le hizo el coronel López.

Una enfermedad que puso á los bordes del sepulcro al general Mariano Escobedo y la cual fué causa de que el coronel López, en su temor de que la muerte intempestivamente sellase los labios del general, le escribiese una carta, instándole, suplicante, para que revelase la verdad sobre cómo había sido la toma de la plaza.

En ese año formóse cierto ambiente social y político, que hizo necesaria la revelación de la verdad; y aprovechando esta oportunidad partí á la Laguna, Chamacuero—Estado de Guanajuato—hacienda del general Escobedo, donde tuve con él una entrevista, tocándole el tan debatido punto histórico.

La carta del coronel López es la que sigue:

Ciudad de México, á 29 de Abril de 1887.

Su casa.

Sr. Gral. Mariano Escobedo.

Muy señor mío:

A pesar de lo que escribí en mi manifiesto al público el año de 1867 y en un suplemento (1) al *Monitor Republicano*, el 13 de Noviembre del mismo año, para vindicarme de la falsa imputación que se me hace, de haber entregado por dinero la plaza de Querétaro (2), aún se me molesta y se me ofende en los periódicos del día, principalmente ahora que, con motivo de estarse publicando en un diario de esta Capital una obra histórica que trata de la

(1) Tanto el manifiesto como el suplemento fueron escritos por el distinguido jurisconsulto don J. M. del Castillo Velasco.

(2) Léese en el Manifiesto, en la parte que trata del origen de la imputación, página 12: "El origen es un señor general, que empeñado en buscar ascensos indebidos para un hijo suyo, á los cuales me opuse, en un momento de embriaguez é impelido por su venganza, y lleno de fatuidad como todos los cobardes, explicó la sorpresa de la Cruz, acusándome de haber vendido mi puesto al enemigo."

El coronel López termina, después de ofrecer una casa, cuya escritura de propiedad puso durante un mes en poder de don Vicente García Torres, padre, á quien le probase que se había vendido en la Cruz y de incitar á sus detractores á que le acusasen ante los tribunales: " declaro ante el mundo que mienten los que atribuyen á una traición la ocupación de Querétaro."

época del Imperio, al ocuparse del Sr. Gral. Miguel Miramón, ha vuelto á debatirse por la prensa la cuestión del sitio de Querétaro, polémica en la que mi nombre no siempre se menciona con desapasionamiento y justificación; deseo una vez más responder á mis enemigos; pero en esta vez será dejando á vd. la palabra, General, para que diga usted si yo le entregué el punto de la Cruz, en la memorable noche del 14 al 15 de Mayo de 1867, si vd. ó alguna otra persona del ejército sitiado, me dió entonces ó después alguna cantidad de dinero (1), ó pedí ascenso alguno, reconocimiento

(1) Los imputadores no están de acuerdo en la cantidad:

Alberto Hans dice: "Traicionando, López salvaba la vida y adquiría oro."

Victor Darán, que 30,000 pesos y la garantía de la vida.

La Princesa de Salm-Salm, 3,000 onzas.

El general Manuel Ramírez de Arellano dice: "López no quiso sino un poco de oro. La recompensa no podía pasar de la dádiva de unos cuantos sacos de pesos..."

Los generales Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo no precisan cantidad.

El Tiempo afirmó que uno de sus redactores, yendo en un vagón, había oído decir al señor F. Mejía que mandó pagar al coronel López un recibo, correspondiente á la cantidad en que vendió la plaza. El señor Mejía desmintió la noticia.

Lo mismo hizo el señor J. M. Rincón Gallardo, cuando *La Voz de México* afirmó que en los libros de cuen-

de mi empleo, ó siquiera garantía de la vida.

General: hable vd. con verdad y con franqueza, porque en mi justificación está altamente empeñado el nombre de vd., como caballero y como militar, y me atrevo á decir más: para la representación que vd. entonces obtenía, está empeñado el honor del Gobierno de la República, que en el sitio de Querétaro por la fuerza y elementos de los sitiadores, y por desgracia nuestra también, por la debilidad y

tas de la casa Rincón Gallardo había una partida de 15,000 pesos entregada al coronel López.

La prensa clerical hasta sostuvo que el general Escobedo había comprado personalmente á López. Entonces el general nos autorizó para publicar esta oferta suya: "Mucho trabajo me ha costado ganar el pequeño capital que poseo; pero estoy dispuesto á depositar diez mil pesos en el Banco Nacional, para entregarlos á cualquiera que me pruebe que dió á López alguna cantidad. Apuesto diez mil pesos contra uno con tal de que se me permita comprar ese peso de lodo, para cubrir con él la cara del que dude de la honorabilidad de mi palabra."

Y *El Tiempo* exclamó, luego de haber roto el silencio el general Escobedo, que López pidió en recompensa de la entrega la vida de Maximiliano.

Se lee en el suplemento de *El Monitor Republicano*, titulado *La toma de Querétaro* por el coronel Miguel López: "Mis acusadores comenzaron por asegurar que yo había entregado al Emperador dormido, y que esta infame acción la cometí por una cantidad de onzas de oro, que fué, según unos, dos mil; según otros, tres mil, y según otros, se redujo á setecientos cincuenta pesos, porque los liberales me engañaron."

falta de toda clase de elementos de los sitiados, no se necesitaba manchar su nombre.

Usted, General, me ha dicho otra vez por escrito que no había hablado porque nadie le preguntaba; yo en esta vez, á nombre de la verdad, pregunto á vd. y le suplico por mi honor y el de vd., que hable.

En espera de su contestación, quedo de vd. S. S. A. S.—*Miguel López* (1).

(1) El martes 28 de Abril de 1891 decíamos en *El Partido Liberal*:

“*Muerte del coronel Miguel López.*—El inmenso dolor de una esposa y de sus dos hijos (1) nos obliga á doblar la hoja de la historia de México, en que está escrita su vida pública. Más tarde, cuando el tiempo haya calmado ese dolor, la leeremos.”

Aún no transcurren quince días que decía:

—Tengo sesenta y cuatro años; nací en Puebla el 12 de Mayo de 1827; fueron mis padres don José María López Barroso y la señora María de la Luz Castillo, y aún tengo fuerzas bastantes para trabajar.

Se le auguraba veinte años más de vida. ¡Estaba tan robusto! Un hombrazo de grande pecho y amplias espaldas, lleno de carnes, los bigotes ya grises, la frente despejada, los ojos glaucos, viva todavía la mirada, y el semblante, risueño más que serio, coloreado por la buena salud á pesar de las fatigas sin cuento.

El domingo 19 del corriente, en la mañana, se dió un

(1) Miguel y María. Miguel es ingeniero y está empleado en la Comisión Geodésica; su padrino de bautismo fué Maximiliano, quien le regaló una casa en México.

María es casada con don Francisco Pérez, originario de España.

baño prolongado de regadera y en seguida perdió para siempre su buen humor. Al día siguiente continuó enfermo; sin embargo, por la noche salió á la calle y se recogió cerca de las diez.

El día 21, como notase su esposa, la señora Luisa Escárcega, oriunda de Durango, que no se levantaba, contra su voluntad, le preguntó:

—¿Qué tienes?

—No he podido dormir en toda la noche: me duele el pulmón derecho—contestó el coronel López.

Por la tarde, su esputo contenía sangre. Sus médicos de cabecera, los doctores Manuel Leal y Camilo Calderón, le diagnosticaron neumonía. Y así fué. El viernes la crisis parecía conjurada, pero á poco la enfermedad invadió el pulmón izquierdo; y el 26, á las tres y cuarto de la mañana, falleció el paciente, después de confesarse con el Padre Clemente Miró y de haber hecho testamento. El Padre don Mateo Palazuelos, que le sacramentó, estuvo en capilla en Río Verde, San Luis Potosí, en la época del Imperio, por orden del coronel López, que había derrotado á los liberales y entrado triunfante en el pueblo (1).

(1) Al entrar el coronel López, á la cabeza del primer regimiento de la Guardia Imperial, en Río Verde, el Padre Palazuelos se escondió, pero, por denuncia del Vicario, fué aprehendido y puesto en capilla. La influencia de su pariente don Darío Reyes, Prefecto superior político de San Luis Potosí, cerca del general Douay, quien ya ratificaba la orden de fusilamiento, por ser el preso peligroso para la causa del Imperio, le salvó. Nos dice el Padre Palazuelos: «Mi delito era que no podía ver con buenos ojos la intrusión del extranjero en el gobierno de nuestro país y que los franceses invadiesen nuestras ciudades, nuestros pueblos, nuestras haciendas y que con sus botas fuertes hollasen nuestro hogar. ¡Cómo había de ver con buenos ojos todo esto, si soy mexicano!»

El Padre Palazuelos es hoy el cura de la parroquia

Era el coronel Miguel López practicante de la virtud y sincero creyente católico. El barrio de Santa María le profesaba entrañable cariño: con él tenía el pobre seguro el pan, al enfermo no le faltaban recursos, el necesitado de trabajo confiaba en hallarlo al llamar á las puertas de su casa. El templo de Santa María se renovaba de tiempo en tiempo á su costa y hay una escuela particular en la plazuela de la parroquia, la que no solamente en persona construyó, sino que la sostenía. Una vez—el señor Eusebio Gayoso puede justificar el hecho—falleció un patriota en una accesoria del barrio y no había ni para sepultarle: llegada la noticia á oídos de López, costeó el entierro.

Parte del grupo varonil de su familia ha ocupado altos puestos en la milicia: sus abuelos, de Asturias, la señora Angela Macarte de Castillo y el señor Antonio López, que fué coronel de las fuerzas virreinales; su hermano mayor, don Mariano, fué también coronel; su hermano Agustín, comandante (1).

Corría el año de 1844 y el coronel Joaquín Herrera mandaba el 3º de línea de Puebla, cuando, haciendo calaveradas, se le presentaron, para sentar plaza de soldados, Gallardo, Miguel Negrete y Miguel López. Así empezó su carrera militar.

En 1854 estaba entregado, en Orizaba, al comercio de gas, cuando el *Negro Daniel* comenzó á perseguirle, á acosarle, á hacerle el blanco de sus iras; entonces López abandonó la ciudad y se hizo revolucionario en unión de Juan Dávalos.

—¡Ah—solía exclamar—si el *Negro Daniel* no me

de Santa María; su vida es edificante y sus feligreses le quieren de corazón. Cuenta de edad 66 años.

(1) Don Agustín falleció de cáncer en el estómago, en la ciudad de Puebla, el 21 de Septiembre de 1839.

De los hermanos del favorito del Emperador, sólo vive la señora Dolores López, en aquella ciudad.

hubiese perseguido, yo no hubiera servido al Imperio! Estaba resuelto á no ser soldado.

—¡A no ser soldado! ¿Por qué?—le pregunté.

—Vivia yo tranquilo; me iba bien en mis negocios. ¡Ahora sería yo rico!

Ayer, á las siete y media de la mañana, se llenaba de gente la 1.ª calle de Hidalgo, y de la casa número 1 salían los restos del infortunado coronel. Un puñado de harapientos lloraban al verlos partir al Panteón del Tepeyac.

Cuando las paladas de tierra los iban cubriendo, por el semblante de unos niños rodaron unas lágrimas.

—¿Por qué lloran?—les preguntó el sacerdote que formaba parte del cortejo.

—Señor, porque nos daba trabajo.

Estos niños, hasta quince, habían ido á carrera abierta tras del carro fúnebre, desde la casa del buen amo hasta el lugar en que reposarían sus restos (1).

(1) El monumento sepulcral es sencillo: una lápida de mármol en posición inclinada; la cabecera alta, de lo mismo, con unos cuantos adornos lineales.

En la lápida se lee:

M. L.

Abril 26 de 1851.

R. I. P.

15 DE MAYO DE 1867.⁽¹⁾

I

UNA VISITA AL GENERAL MARIANO ESCOBEDO.

Como ofrecimos en días pasados, hoy publicamos algunos datos respecto al desenlace de la tragedia de que fué teatro la ciudad de Que-

(1) Esta entrevista, publicada en el *Diario del Hogar* el 15 de Mayo de 1887, fué reproducida, ya toda, ya en parte, por la prensa periódica de la República, habiendo sido el botafuego para suscitar una polémica, que luego degeneró en diatriba, entre los órganos liberales y los órganos conservadores, sobre cómo había sido ocupada la plaza de Querétaro.

Le Figaro, de Paris, en su número del 9 de Julio de 1887, reprodujo también la entrevista, y M. Adrien Planté la comentó de modo favorable al general Mariano Escobedo.

Fué tal la saña con que acometió el partido conservador al partido liberal, para borrarse el estigma, y tal la maña que se dió, que se batieron á pistola los generales Sóstenes Rocha, liberal, y Antonio Gayón, conservador. Este fué herido en el pecho.

rótaro hace veinte años. Hemos procurado inspirarnos en la verdad, consultando la opinión del veterano, héroe principal de aquella jornada.

Otro lance de honor estuvo á punto de verificarse entre los generales Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce, entonces gobernador del Estado de Guerrero. La mediación amigable del general Escobedo frustró este duelo.

Tuvieron una riña callejera el señor Victoriano Agüeros, Director de *El Tiempo*, y el autor de esta entrevista, redactor del *Diario del Hogar*; después de haberle hecho ésto un reto al primero, quien se negó á aceptarlo, fundado en que la creencia católica prohíbe el duelo.

Un diario clerical hasta llegó á estampar, en su indignación, al ver descubierta la verdad: "¡Qué feliz es la muerte cuando por ella va uno á dejar de ser mexicano!"

La prensa periódica tomó posición en el campo de la lucha así: partido liberal: *Monitor Republicano*, *Diario del Hogar*, *Hijo del Ahuisote*, *El Partido Liberal* y *El Combate*; partido conservador: *El Tiempo*, *La Voz de México* y *El Nacional*. A estos bandos uníanse otros periódicos metropolitanos y de los Estados, de menor importancia por su circulación é influencia en el público.

Esta lucha engendró un símbolo político: la manifestación fúnebre en honor de Juárez el 18 de Julio; y colocóse solemnemente una placa con su nombre en la esquina de la calle del Calvario, y comenzó á levantársele un monumento, digno de su memoria, en Bucarelli. ¡Ah, pero esto último se quedó en los cimientos, no obstante haberse colectado entre todas las clases sociales de la República más de \$ 30,000! Nada más

Deferente con nosotros, porque sabe lo mucho que amamos las glorias de la patria y la veneración que profesamos á sus buenos hijos,

unos documentos que tenemos á la vista comprueban un ingreso de \$ 13,000.

Ese año la manifestación á Juárez fué imponente por lo grandiosa y espontánea. Una de las mejores coronas depositadas en el mausoleo del gran patricio fué la de don Gonzalo A. Esteva, propietario de *El Nacional*.

El discurso de don Ignacio Manscal en el panteón de San Fernando fué discretísimo: "Cuando vacilemos en la senda del deber,—decía—cuando nos siatamos desfallecer en ese áspero camino, volvamos la vista, con ciudadanos, á esta hermosa tumba, cuyos resplandores alumbrarán nuestra ruta y darán vigor á nuestras almas; á esta tumba asilo de la muerte, que con sus mudas y elocuentes lecciones será manantial de vida para todo patriota, para todo amante del progreso. Acá vendrán las generaciones futuras para fortalecerse en los grandes sentimientos que demanda la República, que exige la democracia, para ser una verdad fructífera, una institución verdadera"

Débase la iniciativa de la manifestación á la Prensa Unida, cuya mesa directiva estaba formada como sigue: Presidente, Vicente García Torres, padre; vicepresidente, Vicente Villada; primer secretario, Gustavo Baz; segundo secretario, Aurelio J. Venegas.

Y se dió al público esta protesta:

"*Al H. Ayuntamiento de esta capital.*—Los que suscriben, ciudadanos en el pleno ejercicio de sus derechos, expresan:

Que siendo un deber de todo ciudadano y de toda corporación respetar las leyes y velar por su exacto cumplimiento, piden que se revoque el acuerdo por el cual el citado Ayuntamiento permitió manifestaciones

nos ha remitido una carta atenta y ha proporcionado á nuestro compañero, que pasó á visitarle, importantes datos.

Será para nosotros muy satisfactorio haber contribuido con algo al esclarecimiento de los hechos adulterados por la pasión política y el odio inveterado de los antiguos servidores del Imperio á los jefes liberales.

religiosas externas para el 12 de Diciembre próximo, autorizando á don Rafael Carmona, para colocar en las plazas y calles públicas, arcos, gallardetes, etc., etc. en honor de una entidad del culto católico; acuerdo que, según el juicio de la opinión pública, no sólo es contrario á las leyes de Reforma, sino que implica un desafío del retroceso á las generosas ideas de nuestros héroes patrios y de nuestras libertades.

Sobre la tumba de Juárez, representante augusto del Derecho en la historia, firmamos este ocurso, apelando al patriotismo reconocido de los respetables miembros de esa Corporación municipal que representa directamente al pueblo de México.

México, Julio 18 de 1887."

Entre otras muchas firmas de los protestantes figura la de los generales Felipe Berriozábal y Martín González, y licenciados Faustino Fernández, Carlos Rivas, Gumersindo Enriquez, Rafael Reyes Spíndola é ingeniero Francisco Bulnes.

La antevíspera de la manifestación fueron acusados de injurias á la memoria del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, ante el Juez 1.º de Distrito, don Juan Pérez de León, siete periodistas retrógrados contumaces. Uno de ellos edita ahora dos periódicos de política de campanario.

He aquí la carta:

"Hacienda de la Laguna, Chamacuero, Estado de Guanajuato, Mayo 8 de 1887.—Sr. D. Filomeno Mata.—México.

Muy apreciable amigo y señor mío:

El Sr. Pola, redactor del *Diario del Hogar*, enviado por vd., me ha entregado su siempre grata de fecha 6 del corriente; obsequiando sus deseos, le he ministrado algunos datos que transmitiré á vd., esperando sean conformes con las indicaciones que me hace, previo el poco tiempo que ha estado en ésta su recomendado; y sabe vd. que puede disponer, cuándo y como guste, de quien tiene voluntad para servirlo en cuanto á él sea posible.

Agradezco á vd. debidamente sus felicitaciones, como las de un buen mexicano; y en mi retiro me complazco de los progresos de mi patria, y lamentaré cualquier contratiempo que sufra, por pequeño que parezca; y mientras que me conserve como hasta hoy, estaré dispuesto para servir en cualquiera época de prueba, que sinceramente no la deseo.

Sin más por ahora desea buena salud, quien con distinción lo aprecia y es afectísimo servidor—*Mariano Escobedo.*"

El caballo de vapor había andado 378 kilómetros, de las siete de la mañana á las siete de la noche. Sudaba por sus ijares de acero,

donde lo espoleaba con insistencia el maquinista; en su larga jornada había devorado, á distancias considerables, repetidas veces, su pienso de carbón; cuando tomaba carrera, al ser refrenado, eructaba bocanadas de espeso humo, para aliviarse de la apoplejía de tensión; entonces salían chillando por sus costados, con el vaivén de la respiración, chorrillos de agua hirviente. De súbito anduvo sólo con el impulso: crujieron cadenas y topes: llegábamos á Chamacuero.

Apenas puse los pies en la plataforma delantera y me incliné hacia un costado del vagón, á ver el aspecto del pueblo, un viejo soldado se me acercó, y le pregunté:

—¿Sabe usted cuál es la casa del general Escobedo?

Desde luego, sin contestar, corrió en busca de alguien alrededor del tren: ya veía por las ventanillas, ya trepaba en las plataformas, ya gritaba un nombre propio, hasta que dijo á un aldeano, llamándole con todo el vuelo del brazo derecho:

—Aquí está ya.

Se me acercó el aldeano con el sombrero en la mano.

—¿Su merced es la persona que viene de México?—me preguntó.

—Sí, yo soy—le contesté.

Y salí como disparado, y subí al coche

que me esperaba, custodiado por tres sirvientes del general. Sonó en las espaldas del tiro el látigo del conductor y espolearon los otros sirvientes á sus cabalgaduras, echándose delante, de guías. Las ruedas del vehículo empezaron á rodar por las calles estrechas, polvorientas y silenciosas de la población; á quebrar direcciones; á dar tumbos, de los que me libertaba, para no ser lanzado á los tejados, cogiéndome de los asientos con todas mis fuerzas. Desdó el pescante podía dominar á Chamacuero, como á pueblo de Lilibut: así de pequeño surgía su caserío á mi vista. Después de hacer caracoles, sin que se viese alma alguna en las calles, descendimos á un río, y en la ribera opuesta principiamos á subir una loma, imperceptible á trechos su elevación. Serpenteamos su cuesta enteramente desnuda de vegetación. A ratos sentíamos tocar la cumbre; mas, en seguida, tornábamos á la senda en espiral.

De entre las sombras de la noche, que golpeaban nuestras pupilas, estrechando el horizonte, veíamos destacarse, en la extensión vacía, el cuerpo de un edificio enorme aislado. Dábale una semivuelta el vehículo, y seguía á girar; y se abría de nuevo interminable el camino. Otro edificio, después de una ligera subida, se desprendió por entre copas de árboles; el camino se apelmasó, mojonado á uno y otro

lado por cercas de piedra; el tiro espontáneamente apretó el paso y los guías dieron un arranque á sus caballos que, al hundir sus cascos en las cenizas de una fogata, bailaron encabritados por las chispas: el edificio era la casa principal. Los guías dieron un segundo arranque á sus caballos, apareció la fachada, traspasaron á galope la ancha puerta y desaparecieron en el patio. El coche siguió el trayecto y se paró á medio zaguán. Me apeé frente á un largo corredor, y dí las buenas noches, y tendí la mano á un hombre alto que estaba con pereza reclinado sobre una mesa. Era un viejo sargento belga (1) que desde 1867 trabó amistad con el general, á quien visita de continuo, y que vive en Celaya, hecho ya un rico comerciante. A poco se destacó imponente en una puerta, la venerable figura del general: alto, enjuto de carnes, huesudo, color moreno, rostro oval, frente amplia y surcada en distintos sentidos de arrugas, impresas, tal vez las más, por el carácter imperativo de su profesión; cejas un tanto pobladas y ligeramente curvas; ojos de mirada revelante, á la vez que de dulzura, de energía; nariz afilada y recta; barba cana, espesa y dividida en porciones elegantes; labios delgados y el superior cubierto por un poblado bigote; orejas levantadas de muy am-

(1) Heliodoro Du-Pond.

plio pabellón; saco de dril ruso, de faldas hasta las corvas; pantalón burdo de ancha franja, del mismo casimir, desprendida de la costura lateral; sombrero aludo de palma; zapatos de suela y tacón fuertes; hundidas las manos en las bolsas.

—Tenía pensado contestar al señor coronel Miguel López—me dijo—la carta que me remitió en México, pero ya que con tanta oportunidad ha venido usted, voy á darle datos más extensos sobre la conducta de este jefe en los sucesos de Querétaro.

A causa del quebrantamiento de su salud, conversamos poco.

Es costumbre suya, arraigada, recogerse muy temprano y estar en pie á las cuatro de la mañana. A esta hora, cuando cantan los gallos anunciando los primeros albores del día, se oye en los corredores un paseo de botas y á intervalos una tos de vibración sorda. Es él, que está levantado y se pasea meditando en los trabajos de la hacienda. He contemplado en esa especie de indecisión del día que viene y de la noche que se va, al prestigioso soldado de la República, vagando por el caserón ó arrellanado en una poltrona, abstraído en la solución de proyectos agrícolas. Se resiste uno á creer que tal anciano, que vive tranquilo, contento, casi feliz, á cien leguas de la capital, en su retiro de la Laguna, acompañado sólo

de su familia, cuenta cuarenta y tres años, ocho meses y veinticuatro días de glorioso servicio militar en defensa de la autonomía patria, de la República, de la Reforma y del liberalismo, y que haya sido quien cortó con su espada la cabeza del Imperio.

Agolpadas en mi memoria las remembranzas históricas ante su figura, me fué imposible contemplarla sin veneración: su porte y su palabra imponen. Sus antepasados, el comienzo de su carrera, sus hechos, sus virtudes,—no esas que se regalan de diario á todo el mundo en las gacetillas—su patriotismo, sus firmes creencias políticas, su fidelidad pura de partido, su vida pública, su franca amistad: todo en él es grande y excepcional; su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, será del dominio de la historia. En cada página se leerá su nombre.

II

SU HOJA DE SERVICIOS.

El pueblo de Galeana, Nuevo León, se gloria de haberle visto nacer en su seno el 16 de Enero de 1826. Su árbol genealógico es linaje fuerte de donde se desprende él, frondosa y á punto de desgajarse bajo el peso de tanta gloria. Reza en el tronco: "Don Gaspar de Zú-

ñiga y Acebedo, Conde de Monterey, Virey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España, fué el primero que emprendió la conquista y establecimiento del vasto territorio explorado desde el año de 1596 por Fray Diego de León y el Capitán Don Diego de Montemayor: cuyo territorio es conocido con el nombre de "Nuevo Reyno de León." Entre los primeros conquistadores de esa parte de la Nueva España, que fueron del interior de ella y á las órdenes del Gobernador Don Martín de Zavala, en la primera parte del siglo XVII, figura el alférez Don Miguel Escobedo, de la estirpe Escobedo establecida en las ciudades de Tlaxcala y Puebla de los Angeles á fines del siglo anterior, emparentada ésta con las familias de la Huerta, Durán, Cerón, Ricalde y Ortega Montañez, procedentes todas de los conquistadores de México. El alférez Don Miguel de Escobedo, según consta por títulos originales y copias auténticas depositadas en el archivo del antiguo vireynato de Nueva España, fué mercedado con los terrenos del puesto de San Joseph las Raíces, en jurisdicción de la villa de San Pablo de Labradores, (1) desde el año 1569 que fué el de su fundación, y la posesión de esos terrenos le fué confirmada en 1694 por el General Don Pedro Fer-

(1) Hoy ciudad Galeana, Estado de Nuevo León.

nández de la Bentsosa.—Pasó su vida en una lucha continua con los salvajes Tobosos y Huetahuises; sacrificando su fortuna y su sangre en defensa de la frontera establecida en la Banda de Guerra contra esas naciones.—Sus descendientes que sucesivamente han habitado las villas de Santa María de los Angeles, del Río Blanco y de San Miguel de Linares, son los que aparecen en este árbol genealógico."

Fué á estudiar á Monterey, en donde á poco tiempo abandonó la carrera para volver al lado de sus padres y entregarse al trabajo material. Sentó plaza de militar luego que los americanos pisaron el territorio nacional. A los diecinueve años tenía el grado de alférez, en los cívicos. Su ascenso, debido á las notas de valor, capacidad, instrucción en ordenanzas y ejercicios, suprema conducta militar y civil, fué rápido: en 52, teniente de caballería; en 54, capitán; en 55, grado de comandante de escuadrón; en 56, comandante de escuadrón; á fines del mismo año, grado de teniente coronel de caballería; en 20 de Marzo de 58, teniente coronel; en 21 de Junio de 58, grado de coronel; en 15 de Agosto de 58, coronel; en 63, grado de general de brigada; en 65, general de brigada efectivo; en 66, general de división. Documentos oficiales justifican su presencia en ciento cuarenta y siete combates de importancia. Numerosos pre-

mios ha recibido por sus acciones militares: la medalla de honor creada por decreto de 11 de Noviembre de 1846, por haber combatido en defensa de la integridad del territorio nacional; la cruz de honor creada por decreto de 10 de Abril de 1847, por la batalla de la Angostura; diploma creado por decreto de 28 de Enero de 1861 y circular de 22 de Febrero del mismo año, para los que combatieron á favor de la guerra de Reforma; la medalla por la acción de las cumbres de Acultzingo, el 28 de Abril de 1862, y la de la batalla del 5 de Mayo, del mismo año, creadas por decreto de 21 de Mayo de 1862; la cruz por el sitio de Puebla, creada por decreto de 14 de Junio de 1863; la cruz de primera clase creada por decreto de 5 de Agosto de 1867; las cruces de Constancia de 3ª, 2ª y 1ª clase, que previenen los arts. 1713, 1720 y 1728 de la Ordenanza General del ejército; la Legislatura del Estado de Chiapas y la de San Luis Potosí, lo declararon benemérito del Estado; el Gobierno de Nuevo León, Coahuila, Puebla y Zacatecas, y los Ayuntamientos de Linares, de Uruapam y San Miguel de Allende lo declararon también hijo distinguido. En 1875 fué electo senador al primer Senado por los Estados de Querétaro y San Luis, del cual fué el primer presidente, al instalarse. Fué gobernador de Nuevo León en 65, en 68 de San

Luis y en 72 otra vez de este mismo Estado. Desempeñó la cartera de Guerra y Marina en 76. Ocupó la presidencia de la Suprema Corte de Justicia Militar el año 1882.

Cuenta don José Ardines, rico comerciante de Linares, en cuya casa se hospedó el coronel americano Mey, que en 1846 marchó el general en jefe Taylor con una división, para ocupar á C. Victoria. De Montemorelos desprendió al coronel Mey con su regimiento de rifles; y en el cañón de Santa Rosa fué batido por el comandante Francisco Martínez Salazar y por Escobedo, quienes le hicieron algunos muertos, cortando su retaguardia, que fué hecha prisionera en Galeana por sólo este último. Mey regresó á Linares con su tropa, pero al saber que cien hombres, al mando de un jovencito de diecinueve años, le habían cerrado el paso y hecho retroceder, colérico y avergonzado se rapó y afeitó la barba para disimular su edad ante su vencedor. ¡El jovencito era Escobedo!

III

CÓMO VIVE EN SU RETIRO.

Ahora su vida agitada de campaña la ha substituido por la del campo, y la ha substituido para siempre, pidiendo su carta de retiro del ejército.

A caballo es de bulto su imponente postura militar: sentado con holgura, el pecho salido, recto el cuerpo, estiradas las piernas, bien pisados los estribos. En los *pajareos* y las cabriolas no pierde el punto de apoyo. Es todavía aquel mismo soldado, buen jinete, del 15 de Mayo de 1867; aquel que sobre albardón recamado de oro, en su caballo de nombre Oabrito, blanco como el armiño, con las riendas hacía inútiles la espuela y el látigo, y radiante de gloria en el cerro de las Campanas, en aquel momento supremo de recibirle la espada, como símbolo de rendición, al desdichado Hapsburgo, lucía capirote de paño azul con forros rojos, pantalones ajustados, chaleco abrochado hasta el cuello, sombrero fieltro á la francesa y botas federicas.

La mañana que permanecí en su hacienda la Laguna, al estar los caballos ensillados en el patio, esperándonos para salir á paseo, me dijo:

—Monte usted ese colorado, que es manso.

Y él puso el pie izquierdo en el estribo para montar un brioso melado que evadía la subida girando alrededor del mayordomo que lo tenía del ronzal (1).

(1) Ahora su vida es de mucho menos actividad. Sus energías han decaído á causa de una intensa anemia. Apenas puede hacer un corto ejercicio á pie. Pasa el tiempo en su hacienda San José del Salitre, cerca de

Me enseñó sus rastrojos, cultivos de trigo y cebada, graneros, agostaderos, represas, ganados y su servidumbre. En un recodo del caserío de la hacienda, que tiene salida en la llanura y hay un abrevadero, nos paramos á ver llegar de los pastos el ganado, en manadas. A medida que satisfacía su sed, se internaba, rumiando, en los sitios de las casas. La hacienda tiene una organización beneficosa á los pobres: está dividida en porciones de terreno que son cultivadas por los *baldíos*. En la cosecha van á medias con el amo, que les da un par de bueyes, granos para la siembra y he-

Cuautitlán, Estado de México; en su hacienda la Laguna, Chamacuero, y en México, donde es interventor del Banco Nacional, representante del Gobierno en el Ferrocarril Nacional Mexicano y diputado al Congreso de la Unión por Aguascalientes.

Vive en la villa de Tacubaya é inverna en Tehuacán, en cuyas aguas siente á intervalos rejuvenecerse.

En sus haciendas se levanta casi con el día, monta á caballo, recorre sus siembras y dirige las labores agrícolas.

No obstante estar retirado del ejército, trasluce en sus menores actos su larga vida de mando. Bien puede decirse que la Ordenanza ha venido á ser en él una segunda naturaleza. Habla con pausa y acentúa todo final de frase. Cuando quiere algo, parece que ordena; pero ya no, ni por asomo, como cuando estaba en la plenitud de sus días, rodeado de brillante estado mayor, el cual le veía como al mismo Marte. Por aquel tiempo, en que su aureola deslumbraba, sólo había un sér á cuya voz,

ramientas de labranza. Quinientos habitantes tiene la Laguna, todos dedicados á la agricultura y de reconocida honradez. Un solo ladrón no tiene hogar allí el que se conduce mal es arrojado inmediatamente con execración general. La instrucción pública es obligatoria, sin que nadie por ella desembolse un centavo. El que cae en cama es medicinado á costas del patrón. Al pasar el general, nadie hay que no le salude con respeto, aun á tiro de ballesta, con el sombrero en la mano. Hijos llama á los trabajadores, y le quieren como á un verdadero padre. Reina la más completa segur:

siempre sentenciosa, obedecía con mansedumbre de fanatizado devoto. Esta voz era de la que le dió á luz, doña Rita Peña. Cuando el valiente soldado alzaba la voz para alguna reprensión, aquel sér la acallaba como por encantamiento.

—Mariano—le decía dulcemente.

—Mande usted.

—Ven.

Y ya que estaba presente:

—Siéntate, hijo. ¿Qué es eso?

Y el severísimo general, jefe de miles de hombres, vencedor de todo un Imperio, sumiso ante aquel ángel del bien, sentábase cerca encogido y silencioso, guardando compostura.

A veces este adorado sér, al empezar la sobremesa, se levantaba para perderse de vista. Algún comensal, de entre los muchos que de diario había, llegó á preguntarle por qué se alejaba, y contestó en secreto:

—Para que Mariano pueda fumar.

dad y todos se consideran miembros de una misma familia. Por eso dice satisfecho, con sobrada razón, á sus amigos:

—Vivo contento y feliz en mi retiro.

De vuelta á la casa, me introdujo en su pieza de trabajo. La única ventana que le da luz cae á un jardín que cultiva él mismo diariamente, con raro empeño, por vía de ejercicio. Está arreglada con mucha pobreza: ni el cedro, ni la caoba, ni el terciopelo, ni nada lujoso ostenta. La extremada sencillez le da mérito. Tiene por tapiz declaraciones de benemérito de Estados, nombramientos de hijo distinguido de pueblos, diplomas honoríficos, cuadros de felicitaciones, medallas quitadas á los franceses de la Intervención; mapas, despachos, condecoraciones; retratos de Hidalgo, Juárez, Zaragoza, Lerdo de Tejada y Maximiliano. El del infortunado Archiduque tiene al respaldo esta literal dedicatoria con su última firma:

Al Señor General Mariano Escobedo.

18 de Junio de 1867.

Maximiliano.

Sigue á la piececita un retrete ornado con una panoplia: armas de siglos pasados, uno de los fusiles con que fué ajusticiado Maximiliano, otro que sirvió para dar igual fin á Miramón, el par de pistolas de Mejía, quien, al ser

conducido del cerro de las Campanas á su prisión de la Cruz, dijo á Escobedo:—"Como un recuerdo, tenga usted la bondad de aceptar mis pistolas." El general las aceptó y, para su guarda, las puso en manos de su ayudante el capitán Francisco Longoria. También se ven dos espadas de puño de oro y dos bastones de mango de ore y pedrería, recuerdos de ciudades agradecidas; carabinas y revólveres históricos. Tiene guardada en precioso estuche una de las onzas de oro, de á veinte pesos, que Maximiliano repartió el 19 de Junio entre los soldados que le fusilaron.

Memorias se titula una obra á que da la última mano, que transformará en mucho la hoy llamada historia de México, de las que están concluidas las narraciones desde el año de 47 hasta 72. Los hechos están comprobados con documentos innegables que harán luz sobre la vida pública de muchas personalidades contemporáneas.

Rectificaciones á las Memorias de Miramón se llamará otra obra que tiene en preparación.

En su retiro estudia, escribe y no se ocupa en política más que para la posteridad.

Después de ver tanto recuerdo histórico, fuimos á platicar á espaldas de la casa. A nuestra vista, á Occidente, teníamos una extensa explanada. Nuestras sillas estaban reclinadas en el muro. En medio de un silencio apacible, con-

versamos sobre el camino escabroso de la vida militar, de las luchas de partido, de los días en que Juárez y Lerdo estaban en su cenit político, de los combates librados en defensa de las libertades públicas, del 5 de Mayo, de la toma de Querétaro, donde vivía el Imperio con su condición *sine qua non*, con su alma: Maximiliano. Esta jornada decidió de los destinos futuros de la República, de la segunda independencia, y debía ser memorable la fecha, porque entonces se enterraron para siempre los hombres y las cosas del Imperio. México dió ejemplo de heroísmo á Francia, le dió una lección de que no impunemente se pueden violar las garantías internacionales. La toma de Querétaro influyó hasta en la situación política europea y la hizo cambiar de rumbo. El Imperio estaba en Querétaro sólidamente fortificado; y tomar aquella plaza era darle el tiro de gracia.

Se ha dicho que la plaza fué vendida, que fué entregada en manos de las fuerzas republicanas por traición de un íntimo del Emperador (1). Esta versión ha sido explotada por el

(1) El general Manuel Ramírez de Arellano, comandante general de artillería durante el sitio de Querétaro, dice como para justificar el medio: "El derecho de gentes autoriza, no solamente para usar de la traición en la guerra, cuando aquella se ofrece, sino también para obtenerla por cuantos medios sea posible." *Últimas horas del Imperio*, página 181.

partido conservador que, en su afán de calumniar, no ha perdonado siquiera á los suyos (1). En la veracidad del hecho, los historiadores están divididos: muchos hay que lo niegan, los jefes liberales lo consideran una calumnia, el público piensa de dos modos distintos, la prensa honrada está indecisa. Una voz autorizada, competente, capaz de decir la verdad y únicamente la verdad, cuyo dicho llenará esa página en blanco de la historia, faltaba que hablase y acobarda de hablar (2). Escobedo no es comprador de la plaza de Querétaro (3).

(1) Samuel Basch, médico ordinario del Emperador, dice en sus *Recuerdos de México*, página 237, que éste "se había visto traicionado de la manera más asquerosa por los conservadores."

El general Vicente Riva Palacio, en una carta escrita después de haber hablado con Maximiliano y fechada el 25 de Mayo, prorrumpo: "...estoy asombrado de la mala fe de las personas de quienes hacía confianza Maximiliano...."

(2) A este respecto, *El Nacional*, periódico conservador, dijo en su número 252, correspondiente al 3 de Mayo de 1887: "El General Escobedo es un hombre de honor y muy apreciable, y nunca dirá sino la verdad bajo su firma."

Si el general Escobedo hubiera querido atraerse las simpatías del partido conservador, le hubiese bastado el acusar con una falsedad á López, ya diciendo que le había dado dinero, ya que traicionado á su Soberano; pero, venerador de la verdad, como lo ha probado, no le importa hacerse de más ó de menos enemigos, con tal de no decir una falsedad.

(3) "La pérdida de Querétaro tuvo por causa princi-

IV

REVELACIONES SOBRE LA TOMA DE QUERÉTARO.

Anohecía; un ejército de estrellas venía por Occidente, precediendo á la diosa de la quietud; la conversación recayó sobre la toma de Querétaro. Instado por mis preguntas el meritísimo soldado de la República, con tono grave y autorizado me reveló la verdad sobre este enigma.

—Señor general, ¿hubo alguien que le ofreciese la plaza?

—El 10 de Mayo, un sargento Engle mandó pedirme permiso por conducto de una mujer para hablarme en Calleja. En la noche se desprendió del punto intermedio entre San Francisco y la Cruz, y ofreció entregarme el punto indicado, sin más condición que darle

pal la terrible miseria y todos los males que de ella se derivan en circunstancias tan críticas como las que resultan siempre de una defensa prolongada." *Ultimas horas del Imperio*, página 105.

El autor de esta obra, considerada por el partido conservador como el evangelio en todo lo respectivo á los sucesos de Querétaro, afirma que desde 1866, "el imperio se venía abajo con una rapidez espantosa; las tropas eran presa de la miseria y la desmoralización, consecuencias de varias retiradas inoportunas y de la deserción que sin cesar disminuía sus filas."

lo necesario para volver á su país (1). Le ofrecí lo que deseaba á condición de que volviese á su punto, hasta entretanto se dispusiera lo conveniente.

—¿Fué esa, señor general, la única proposición que usted recibió?

—El día 12 recibí de San Francisco proposiciones del jefe del punto, sargento Miguel Colich, para pasarse, sin más condiciones que garantizarle la vida. Contesté accediendo á lo que deseaba y diciéndole que esperara. Qua lesquiera de los puntos indicados habría sido bastante para ocupar á Querétaro, dejando aisladas la Cruz y las Campanas; pero pesaba en mi ánimo el ocupar por asalto la ciudad, porque si yo tenía diez mil hombres perfectamente armados, organizados y disciplinados, capaces de todo, quince mil habían estado presentándose en pequeñas fracciones, que ni su organización ni su disciplina daban bastantes garantías para que, al tomar una plaza por asalto, como la de Querétaro, no quedara la población reducida á la más absoluta destrucción. Esto me hacía esperar que el enemigo ó intentara abrirse paso por la condición á que

(1) El autor E. Lefevre refiere también que un sargento de nombre Mathis de Dalmstadt escribió al general Escobedo, proponiéndole pasarse á su línea con treinta hombres, todos franceses, para obtener después el favor de poder volver á Francia.